DE CORBEIL A MELUN.

Si la muerte no hubiera quebrado la pluma poética y fecunda que se habia asociado á nuestra obra descriptiva de los Alrededores de Paris, Cárlos Nodier seria, sin duda, el autor de este capìtulo. El hubiera trazado el plan del viage, su pluma babria corrido caprichosa por las ricas campiñas y los viejos

monumentos de las orillas del Sena; él nos habria hecho narraciones sencillas y sin arte, claras como las ondas del hermoso rio y variadas como sus riberas.

Unamos un momento á este capítulo el nombre del grande escritor que ya no ecsiste y copiemos un trozo de este rasgo delicioso firmado por Cárlos Nodier.

«La historia del Sena es, mucho mas de lo que uno se imagina á primera vista, la historia de Francia. Hay rios con los que sucede lo que con las naciones; desconocidos en su orígen, nada hay que revele en la fuente oscura de que nacen la estension del espacio que van á recorrer y las diferentes vicisitudes de su curso. Débiles en su principio, corren en la direccion de la pendiente que los arrastra; profundizando poco à poco su lecho y estendiendo lo mismo sus riberas, llevan consigo desastres ó beneficios, la fertilidad ó el terror, hasta que llegados al mas alto grado de estension, de riqueza y poder que les sea permitido alcanzar y empujados à su término por su propia violencia, se precipitan y desaparecen para siempre en el abismo de los mares. Asì nacen, crecen y acaban los imperios; por todas partes se halla trazada la historia del hombre en el cuadro mágico de la naturaleza.

«*El Sena,* cuyas orillas puede recorrer el viagero en pocos dias, despierta mas ideas imponentes y recuerda á la memoria de las edades acontecimientos mas grandes, que ese rio inmenso de la América septentrional cuyo curso abraza la mitad del mundo..... *El Sena!* el rio rey de la reina de las ciudades, el rio frances que no ha apoyado su urna sobre tierra estrangera, como lo han hecho el Rhódano y el Rhin; que no va á manera de tránsfuga á enriquecer á nuestros vecinos con el tesoro de sus aguas, como lo hacen el Escalda y el Meuse, que baja de nuestras montañas y se pierde en nuestro océano, sin haber fecundado otros llanos, sin haber bañado otras ciudades, sin haber mirado otro cielo.

«¿Qué falta á su belleza? La naturaleza vegetal ha prodigado sobre aquellas riberas floridas todas las riquezas de su canastilla: ninguno de los rios que bañan los lugares mas célebres por sus fastos militares, ha mezclado con mas frecuencia los rumores de sus ondas con los de los combatientes; ninguno ha visto enarbolar, en sus llanos devastados, mas trofeos de batallas; ninguno ha dado mas agua lustral para el sacrificio sangriento de la guerra.

«El Sena ha tenido su historia sagrada, así como su historia fabulosa y nuestra vieja mitología nacional contribuye tambien con una parte á sus deliciosas relaciones. De toda la poesía maravillosa de la edad media, quedan tradiciones que hallaréis à cada paso y por toda la carrera se confunden las altas impresiones de la epopeya, del drama y de la novela."

Nos aventurarémos, sobre la fé del maestro, y recojamos fruto en las memorias y las tradiciones.

El primer punto de alto marcado sobre la carta de mi itinerario es Corbeil; pero subiendo la ribera derecha, ¿cómo tocar á Corbeil sin detenerse en Petit-Bourg cuyo castillo rosa y verde domina las deliciosas pastorales de los hermosos valles del Sena? Petit-Bourg tuvo sucesivamente por dueños á un canónigo de Nuestra Señora, à un arzobispo de Paris, á una favorita de Luis XIV, á un bastardo real, á un arrendatario, y en fin, á uno de esos jugadores de fortuna que desde el último escalon del crédito se levantan y suben hasta llegar á una altura desde la cual pueden poner sobre un trono el pico de un descuento.

En Petit-Bourg lloró la Montespan sus regios amores traicionados. El duque de Autin ganó allí de rodillas ante el reclinatorio de la rival de su madre, el título de duque de Epernon. Antes que hijo era cortesano. El adornó con sus propias manos el retrete de madama de Maintenon y lo hizo de manera que aquella tuviera que equivocarse en su querida retirada de Saint-Cyr. Bastó una simple señal para que un bosque que interrumpia la vista del paisage desapareciera como por encanto: hé aquí lo que hizo el castellano de Petit-Bourg para alcanzar una sonrisa de la favorita, lo que dispuso para conservar el favor de su padre. Voltaire lo ha dicho.

«Hizo poner cuñas entre las estatuas y los zócalos, á fin de que cuando el rey fuera à pasearse notara que las estatuas no estaban derechas y se hiciera digno de elogio por su certero golpe de vista. En realidad, el rey notó el defecto; M. de Autin contradecia un poco, despues se daba por vencido y hacia enderezar la estatua diciendo con afectada sorpresa que en todo se conocia al rey."

Los almuerzos, las cacerías con luz artificial, los encuentros imprevistos proporcionados al rey en los jardines, completaron mas adelante el cuerpo de títulos que el duque de Autin pudo hacer valer para alcanzar la gracia de su real señor.

Un arrendatario de los juegos salvó á Petit-Bourg del nivel revolucionario; despues un gefe de cosacos se acostó en la recámara en que habia descansado Luis XIV, y en fin, aquella hermosa posesion cuyos jardines fueron trazados por Lenôtre, las huertas plantadas por el abogado La Quintinie y las galerìas pintadas por Lebrun, pertenecieron á M. Aguado, cuyo nombre clasificado antes entre los comerciantes de tercer órden, se hizo bien pronto célebre, ménos acaso por la elevacion súbita del que lo

llevaba que por el arte con que el nuevo rico se hizo perdonar su alta fortuna y la conquista diplomática de los títulos aristocráticos que tuvo la pueril debilidad de pretender. M. Aguado estaba dotado de una cualidad muy rara en nuestros dias, la de saber hacer el bien con inteligencia y agudeza. Sin hablar de un hospital que abrió á los pobres, de las escuelas á que llamó á multitud de muchachos del campo, del trabajo y limosnas distribuidas á las poblaciones de las aldeas, las que aprocsimó à sí uniendo á grandes espensas por medio de un puente las dos riberas del Sena, cuántos otros hechos se podrian citar! Citemos dos.

Cierto escritor jóven que caminaba preocupado de una idea rara, se paró una mañana delante de Petit-Bourg. Una sola vez habia tenido ocasion de elogiar en un folleto la propiedad predilecta del financiero y esperaba que este hecho habria quedado impreso en la memoria del castellano. Se hace anunciar. M. Aguado se presenta al jóven y lo conduce á su larga galería de cuadros; estando en ella le pregunta en qué podrá servirlo.

«Señor marqués, dice el jóven algo turbado, mi visita va à pareceros singular..... Soñé anoche que me prestábais cinco mil francos para comenzar un periódico...."

M. Aguado respondió sonriéndose:

«No he recibido del cielo la carta de aviso, pero os doy crédito sobre vuestra palabra," y el jóven llevó consigo á Paris una órden à la vista contra M. Féreire Laffitte.

Cierto erudito enfermo y necesitado dirigió á M. Aguado una felicitacion de cumple años. El pobre hombre no estaba familiarizado con la poesía y fué para él obra ruda y penosa esclavizar su pensamiento á la rima. M. Aguado envió al poeta un testimonio de su gratitud. Una circunstancia debida à la casualidad hizo saber al financiero las torturas intelectuales á que se habia sujetado el docto para ejecutar su obra, y por esto, cuando estaba al cumplirse el año, previendo M. Aguado la pena que iba á costar à su protegido ofrecerle un nuevo tributo poético, anticipó un mes el envío de su regalo que llegó á tiempo de impedir al anciano afrontar al Pegaso.

¿No hay en estas dos anécdotas un sentimiento de delicadeza, un perfume de nobleza que no es comun lo ecshalen las obras de la beneficencia de la medianía siempre mezquina? Tales hechos daban muerte á la ironía y al sarcasmo en el blason de M. Aguado, y por ellos ni causaba sorpresa ni enfado oir nombrar al antiguo mercader de la calle de Mail, marqués de Las Marismas.

Petit-Bourg es hoy una colonia agrícola abierta á los hijos de la clase pobre. Dios la ayude!..... nuestros votos son á favor de ella. Pero, lo confesamos, ese rico palacio nos da miedo: tememos por la imaginacion de los pobres seres destinados á la choza y al arado. ¿No les parecerà bien triste el taller de las ciudades cuando dejen la escuela en que el lujo y las artes han dejado sus seductores vestigios? Esas bonitas capas escocesas cortadas por una tigera de moda, vestido adoptado por la colonia, ¿no son una provocacion al lujo y al escesivo gasto en lo venidero? El arrendamiento de aquella gran posesion debe costar mucho y fraccionando la suma de alquiler por cada alumno [son veinte y cinco] ¿no resulta que estos pequeños colonos son en cierto modo labradores con guantes amarillos? Ojalá me engañe y Dios quiera que Petit-Bourg prospere!

Hemos llegado á Corbeil por Petit-Bourg y al descubrir la villa luego se presenta el recuerdo de la polémica á que dió lugar su orígen. En nuestros dias los historiadores se entienden fácilmente; escriben la historia como los periodistas las sesiones de la Cámara de diputados El primero que llega da su texto á los que vienen despues; en otro tiempo era muy diferente. Todo hombre que entraba con la pluma en la mano al terreno de la historia, tomaba á su cargo abrir medio á medio al que le habia precedido. En Corbeil hay tantos historiadores como opiniones. El calidescopio no tiene mas piedras movibles que su historia orígenes contradichos; en fin, los jueces mas acreditados han decidido que para encontrar la etimología del nombre de Corbeil, era preciso escoger entre el Romano *Corbulo*, que hizo la guerra en tiempo de Neron, ó un cortijo nombrado *Corbeilles* que perteneció á los monges de San German de Auxerre.... Nuestros lectores elegirán. Si no hay acuerdo sobre el orígen de su nombre, sí lo hay algo mas sobre el de su celebridad. Debe á las reliquias de San Exupére y de San Loup el contarse entre las villas. A la época de la invasion de los Normandos eran cosa preciosa los huesos canonizados; y cuando los hombres del Norte batieron el campo y no se pensaba en levantar murallas para proteger á los vivos, se tuvo cuidado de poner en seguridad los huesos de los muertos y vió Corbeil elevarse sus almenas. Se necesitaba un gefe para la defensa de los santos huesos y al efecto fué criado un gobernador ò conde; este no fué ingrato para con los restos de San Exupère y San Loup, acordándose bien de que sin ellos no hubiera sido conde. En aquellos tiempos la memoria del corazon era menos frágil que en nuestros dias. Hoy muchos diplomáticos harian portapliegos de la epidermis de sus protectores. El tributo de reconocimiento de los primeros condes de Corbeil á San Loup y à San Exupère fué la edificacion de la iglesia que aun se admira hoy bajo la invoca-

cion de San Spire. Los dos santos correspondieron á los condes de Corbeil haciendo muchos milagros cuya curiosa enumeracion no nos permiten hacer los estrechos límites de este capítulo.

El segundo conde de Corbeil, Burchard Bouchard halló un poco estrecho para los santos su palacio de piedra; pensó que estarian mejor en la real ciudad de Paris y se persuadió de que él mismo debia recibirlos en ella en lugar y á nombre de su señor y rey Hugo Capeto. Se hizo, pues, armar por mano de su muger, diciéndole: *Noble condesa, dad esa espada*

á vuestro noble baron, quien la recibirá en calidad de conde, y os la devolverá como rey de Francia. Burchard fué, á su pesar, infiel á la promesa hecha à San Exupère, porque no volvió del combate, en el que fué muerto.

Los condes de Corbeil, durante la segunda raza y al principio de la tercera, no tuvieron otra ocupacion, segun refieren los historiadores, que el pillage de las iglesias y la guerra de los caminos reales contra los comerciantes. En el interior delegaron su autoridad à vizcondes, quienes á su vez la depositaron en oficiales subalternos, y asì marcharon las cosas hasta que Luis el Gordo quitó el condado de Corbeil á su hermano Felipe, lo encerró, hizo tomar el velo á su hija y retuvo la villa bajo su cetro.

Despues de los condes vinieron los abades. Los mercaderes ambulantes dejaron de ser inquietados por los nobles; pero las jóvenes del cortijo lo fueron por los monges; los canónigos mismos se hicieron de tal manera nómades, que en tiempo de Francisco I fué necesario un edicto para hacerlos asistir á los oficios: cuando se consiguió que fueran á sentarse á sus sillas, aun hubo necesidad de otro edicto, prohibiéndoles platicar, reir, y que anduviesen yendo y viniendo al coro.

Aquel era el reinado de los privilegios mas caprichosos para los abades. De la altura que conduce hoy al bosque de Sénart, se veia descender el dia de San Juan á una multitud numerosa de aldeanos presididos por el cura de la aldea vecina [*Seine-Port*] y dos de sus mayordomos. La caravana entonaba cánticos y se colocaba delante del priorato de San Juan á la hora en que el prior estaba comiendo. El cura y tres de las muchachas eran introducidos: el prior recibia de manos de aquel tres sombreros de rosas y tres pares de guantes encarnados: sucesivamente cada una de estas muchachas colocaba uno de los pares de guantes y ponia un sombrero de rosas sobre la cabeza del prior; despues el cura de Seine-Port permanecia en pié y sin comer, miéntras que el prior y las tres muchachas se sentaban á la mesa y continuaban la comida. Esta demostracion provenia de una tierra situada en Seine-Port, llamada los Tres Sombreros, que pertenecia en propiedad al priorato. El cura podia librarse de dicha demostracion, pagando cinco sueldos.

Una de las muchas iglesias de Corbeil sirvió de prision y de claustro á Isemburga, repudiada por Felipe Augusto al salir de la recámara nupcial. Todavía se veia esta pieza á fines del último siglo y la cama escarlata en que aquella habia buscado el reposo. La piedad de las generaciones discute poco la autenticidad de las reliquias que llevan consigo la memoria de un grande infortunio. Dos siglos despues Jorge de Amboise preludió en los calabozos de Corbeil su vida política, á la que dió fin en el claustro sin orgullo y con el sincero pesar de no haber sido siempre el hermano Juan.

Hoy vive Corbeil de la antigua fama de su iglesia de Saint-Spire, del recuerdo de sus santas urnas, de las emblemáticas esculturas de sus gracias, que la Convencion hizo pedazos arrebatando de allì con inmoderado ardor los tesoros de plata amontonados de siglo en siglo. Corbeil solo se mete en gastos una vez al año para atraer á los estrangeros á la fiesta de Saint-Spire. Parece que su iglesia renace á su antigua gloria: las reliquias del patron de la villa que un pescador ocultó, segun se dice, en e fondo del Sena durante los tiempos revolucionarios, son espuestas con grande pompa. En tal dia como ese viste Corbeil sus ropas de gala y la villa